

# educación y prejuicios de clases

• ANTONIO DONENI, S. J.

## • EL PREJUICIO

**A**RNOLD M. ROSSE, en su obra sobre los prejuicios (1), afirma que éstos son causa de conflictos internacionales y nacionales y que muchas veces son explotados y fomentados con fines personales, políticos, económicos, etc., por personas o categorías inescrupulosas, egoístas y astutas que esperan sacar ventajas de esta enfermedad social que se llama *prejuicio*.

Aunque las *causas* de los prejuicios no han sido todavía claramente definidas y estudiadas, en parte por su gran diversidad y complejidad, sin embargo los sociólogos que se han ocupado del problema en general atribuyen al factor *ignorancia* un influjo preponderante tanto en el origen como en la permanencia de los prejuicios.

Y así es en efecto; estimológicamente el "pre-juicio" puede definirse como un *juicio previo* o anterior al encuentro con la realidad juzgada. La realidad no comunica su mensaje sino que es el hombre el que imprime una forma sobre los datos de la realidad. De ahí que pueda decirse que el prejuicio *carece de fundamento científico*, en la medida misma en que lo formulado depende de un elemento no recibido cognitivamente de la realidad, sino imaginado o exagerado. Por eso va generalmente acompañado de opiniones inexactas y aun falsas.

Hay un concepto íntimamente relacionado y que algunos sociólogos equivocadamente lo identifican con el prejuicio: es el *estereotipo*. El estereotipo no es un prejuicio; es una *imagen* —anterior al juicio— que poseemos o que nos formamos acerca de una categoría o de una persona, y con la que pretendemos justificar nuestro prejuicio con respecto a esa misma categoría o persona. Como dice Gordon W. Allport (2) "desempeñan un papel importante en el prejuicio, pero no lo explican completamente". Podemos, por lo tanto, definir el estereotipo siguiendo a este mismo autor, como "una creencia exagerada que está asociada a una categoría. Su función es justificar (racionalizar) nuestra conducta en relación a esa categoría".

Según esto el estereotipo no es un prejuicio, pero justifica *subjetivamente* la simplificación involucrada en todo prejuicio. Es decir que el estereotipo nos induce a juzgar a individuos que no conocemos, no en base a sus méritos o defectos comprobados, sino en función de aquellas "imágenes", generalmente exageradas o deformadas, que personalmente nos hemos forjado o que nos han sido inculcadas por "otros". Al decir "otros"

(1) Rose, A. M., *El origen de los prejuicios*, Bs. As. (edít. Humanitas), 1960, 105 págs.

(2) Allport, G. W., *La naturaleza del prejuicio*, Bs. As. (Eudeba), 1962, 576 págs.

nos referimos a nuestros propios padres, parientes, amigos, compañeros de trabajo o de profesión, y sobre todo, por su gran influencia en nuestra sociedad moderna, a los medios colectivos de comunicación: diarios, revistas, libros de texto, novelas, televisión, cine, radio, etc.

Y es evidente que la ignorancia mutua de los diversos sectores de una población, favorece la propaganda insidiosa que puede hacerse por estos medios masivos de comunicación, muchas veces con fines económicos, políticos, raciales, etc. Tanto que —haciendo hábil uso de esta ignorancia y sobre todo aprovechando el poder irresistible de una propaganda inteligente— algunos sectores interesados pueden hacer pasar por enemigos a quienes de hecho no lo son, y aun a quienes hasta ese momento eran considerados como buenos amigos.

Estas reflexiones tienen especial aplicación en los prejuicios y conflictos entre las clases sociales.

### ● EL PREJUICIO DE CLASE

Muchas veces la oposición entre las clases y sobre todo muchos conflictos de clases se originan en estereotipos provocados por lo que en sociología se llama la *distancia cultural* y sobre todo la *distancia psicológica*, que en el fondo se confunde con una mutua ignorancia entre una clase y otra, lo cual posibilita el que sectores interesados política, económica o ideológicamente puedan exagerar o falsear y aun mentir impunemente con respecto a la clase opuesta, con la intención de crear o fomentar dichos conflictos.

En una sociedad en que la *distancia social* es mínimo —como en Suiza, por ejemplo, o en Noruega— los prejuicios

y sobre todo los conflictos de clases casi no existen; por el contrario, en países en que esta distancia social es grande, como sucede en nuestros países de América Latina, en unos más y en otros menos, estos prejuicios son más frecuentes y más profundos, y sobre todo la *distancia psicológica* entre las clases puede hacer muy difícil la solución de los conflictos sociales.

Por *distancia cultural* se entiende el grado de diferencia y también de oposición entre las normas, valores, modos de expresión, etc.; de dos culturas o subculturas.

La *distancia psicológica* —que es la más importante para explicar muchos prejuicios de clases— consiste en las representaciones que los miembros de un determinado estrato social tienen de los miembros de otros estratos, y consiguientemente en las disposiciones y actitudes mutuas entre los estratos.

Cuando se habla de *distancia social* en general, se tienen en cuenta solamente los llamados "aspectos objetivos", es decir, la distancia tal como aparece a un observador. Esta distancia existe de hecho, aun cuando no sea percibida por los individuos; y efectivamente, muchas diferencias culturales no son percibidas por los sujetos, si bien influyen mucho en su vida social y psicológica. Por eso hemos dicho poco más arriba que la *distancia psicológica* es la más importante, porque cuando hablamos de distancia psicológica no nos estamos refiriendo ya a las diferencias meramente *cuantitativas*, como pueden aparecer a un simple observador, sino a esas diferencias que a los ojos de los individuos de un determinado estrato social aparecen como *cualitativas*, y consiguientemente crean disposiciones y actitudes psicológicas de acepta-



ción o de rechazo de los otros estratos sociales.

Ahora bien, las actitudes de incompreensión y de prejuicios entre las clases están relacionadas con un *conocimiento parcial* y consiguientemente con *cierta ignorancia* mutua entre los estratos, que como vimos es causa de muchos prejuicios. De hecho los miembros de un determinado estrato social conocen *globalmente* las principales diferencias que los distinguen de los otros estratos. Pero este conocimiento es muy fragmentario; son más las cosas que se ignoran que las que se conocen. Sobre todo se ignoran los valores específicos —o por lo menos la *jerarquía de valores*— de los otros estratos, con lo que resulta imposible comprender las *motivaciones* de los miembros de dichos estratos.

A este respecto es interesante el caso citado por el sociólogo francés Emile Pin, de un industrial que no podía entender por qué sus obreros no querían trabajar horas extras, siendo así que les ofrecía un salario doble por cada hora extra de trabajo. El industrial lo atribuía a pereza, y consideraba falsa la razón aducida por los mismos obreros: "los obreros de otras fábricas similares, decían, no tienen ese trabajo extra". Evidentemente que ese industrial ignoraba totalmente que en la jerarquía de valores de sus obreros, ocupaba un lugar más importante la *solidaridad de clase*, que el dinero que podían ganar.

Esto sucede en muchos campos de la realidad social. Y en general esta mezcla de *ignorancia* y de *conocimiento parcial* con respecto a los otros estratos es la que produce incompreensiones, hostilidades, envidias, etc. Sobre todo porque se ignoran los aspectos más importantes de

la otra cultura o subcultura, y se conocen sólo algunos aspectos más exteriores y accidentales, que además son juzgados según las normas y valores del propio estrato.

Estas incompreensiones, hostilidades, envidias, ofrecen un campo preparado para los extremismos ideológicos y políticos.

Para acortar esta *distancia psicológica* con todas sus desastrosas consecuencias sociales, hay dos caminos posibles: la *unificación cultural*, que se puede lograr por diversos medios, y la *supresión de las diferencias más notables* en la participación a los valores, tanto económicos, como sociales, culturales, morales, etc. Este último es de capital importancia, porque de hecho la unificación cultural depende en gran parte de cierta igualdad en la participación de los valores sociales. Nos vamos a detener en uno de estos aspectos: la *educación*, que sin ser exclusivo ni definitivo, juega un papel muy importante para acortar las distancias y consiguientemente los prejuicios entre las clases.

### • LA EDUCACION

Si como hemos visto la ignorancia tiene tanta importancia en el origen de los prejuicios, es evidente que una forma eficaz de combatirlos es la educación, en el más pleno significado de la palabra. Porque la educación comienza en el hogar, desde los primeros años. Y es evidente que los niños reciben muchos estereotipos y prejuicios, que forman parte de una tradición cultural, al contacto con sus padres, sus maestros, sus compañeros... Sobre todo los padres transmiten, inconscientemente quizás, sus propios prejuicios a sus hijos, cuando asumen determinadas actitudes, cuando expresan determinadas repugnancias, cuando se oponen a deter-

minadas relaciones, cuando formulan determinadas observaciones, etc.

No menos importante en la transmisión de los prejuicios de clases es la escuela, no sólo por lo que enseña, sino sobre todo por el sistema educativo vigente en una sociedad.

Emile Pin, en su reciente obra titulada *Les Clases Sociales* (3) nos habla de dos tipos extremos de distribución de la instrucción: el tipo "igualitario" o democrático y el tipo "selectivo". En el primero, todos los individuos de la sociedad deben recibir, o de hecho reciben, un determinado grado de instrucción. En el segundo tipo sólo van a la escuela, *de iure* o *de facto*, algunas minorías de privilegiados. Puede tratarse de privilegios de casta, de clase o de renta. Otro tipo de selección sería el de un examen previo o de un test, tendiente a eliminar a los menos capaces.

Evidentemente que es difícil encontrar hoy países en que se aplique una de estas dos formas puras de sistema educativo. En la actualidad puede decirse que predomina un *sistema escolar mixto*, es decir, que hasta una determinada edad —generalmente hasta los 14 años— se impone el *tipo democrático* de enseñanza obligatoria y gratuita; y a partir de esa edad, el *tipo selectivo* fundado en la capacidad del alumno, o en otros criterios de selección (4).

El sistema democrático tiene sus ventajas y sus desventajas: disminuye ciertamente la distancia social, puesto que todos reciben una base común mínima de conocimientos; pero no cabe duda que puede favorecer una especie de mediocridad en la enseñanza, pues los menos dotados detienen el rápido progreso de los más dotados. De esto se lamentan fre-

cuentemente los periódicos norteamericanos; sin embargo todos están de acuerdo en que este sistema contribuye al acercamiento entre los estratos, ya que no sólo adquieren todos los alumnos un mismo grado de conocimientos, sino que al frecuentar las mismas escuelas, se fomenta la interacción mutua y se favorece la integración de los diversos sectores.

En los Estados Unidos se aplica el sistema igualitario o democrático hasta el final del *High School*; en nuestro país el sistema legal ofrece a todos los niños,

(3) Pin, Emile, *Les Classes Sociales*, París (Spes), 1962, 256 págs.

(4) Sin embargo, quizás hayamos creado un mito en torno a la gratuidad de la enseñanza. Porque la enseñanza es un servicio prestado a la comunidad, y consiguientemente debe ser remunerado. Económicamente no se concibe un servicio gratuito. El cuerpo directivo, administrativo, docente y de maestranza, deben percibir una remuneración justa, de acuerdo al servicio que prestan a la sociedad, aun para subsistir. Además, la conservación de los edificios escolares y la conservación y adquisición de modernos elementos para la enseñanza suponen grandes erogaciones de dinero. ¿De dónde provienen estos capitales, si la enseñanza es gratuita? De los fondos del Estado, lógicamente. Pero ¿acaso los fondos de que dispone el Estado son otra cosa que los aportes de todos los ciudadanos a través de los impuestos y otras formas de contribución? Es decir, que la enseñanza, en último término, no es gratuita; es pagada —directa o indirectamente— por los mismos ciudadanos que la usufructúan. Según esto, ¿no constituye un equívoco la afirmación de gratuidad de la enseñanza? En este contexto más que de gratuidad de la enseñanza, se debería hablar de una enseñanza proporcionalmente subvencionada por todas las familias, de acuerdo a sus posibilidades económicas, lo cual garantiza el que nadie quede excluido de la enseñanza por falta de recursos económicos; pero entonces no se ve cómo ese sistema debe aplicarse exclusivamente a las escuelas estatales, con prescindencia de las privadas. Esto sería comprensible sólo dentro de una mentalidad estatista, nunca en un sistema democrático.



hasta los 14 años, la misma instrucción primaria obligatoria. Pero la instrucción secundaria y universitaria, y muchas veces la misma instrucción primaria, participa *de hecho* del tipo selectivo. Y esto por diversas razones. La prescripción de escolaridad obligatoria hasta los 14 años, sabemos que es *letra muerta* en muchas regiones del interior del país, donde la deserción escolar es alarmante. En esto influye no sólo la ignorancia de muchos padres que consideran innecesaria la instrucción para sus hijos, siendo así que pueden ayudar económicamente a la familia en diversos trabajos del campo; sino también las enormes distancias que tienen que recorrer a veces los niños para asistir a las escuelas más cercanas, lo que supone un sacrificio, casi diría, un heroísmo superior a sus fuerzas. En los más de los casos este sacrificio lo realizan durante uno o dos años, pero luego abandonan la escuela. En este sentido, aunque se justifica el orgullo que sentimos los argentinos de poseer un porcentaje mínimo —el más bajo de América Latina— de analfabetos; sin embargo debe hacernos reflexionar el elevadísimo porcentaje de deserción escolar antes de finalizado el cuarto grado elemental.

Pero prescindiendo de este aspecto, que influye sin duda en el fenómeno de la distancia social en cuanto no todos pueden alcanzar ese mínimo de conocimientos que da la escuela primaria, hay otro aspecto mucho más importante para el problema que nos ocupa en este trabajo: el sistema educativo como factor de integración o de disgregación. ¿Favorece la escuela argentina, considerada no ya como institución, sino como grupo social, la interacción entre estudiantes de los diversos estratos sociales?

Emile Pin, a quien citamos y seguimos en algunos puntos de nuestra exposición, considera que "la segregación escolar es un fenómeno espontáneo y frecuente... y una de las principales causas de la ausencia de interacción entre las clases sociales". Lo cual puede suceder por una razón meramente *ecológica*: de ordinario los padres colocan a sus hijos en colegios cercanos a su domicilio; y si, como sucede por ejemplo en Buenos Aires, los diversos estratos de la población se concentran en sectores geográficos bien determinados y diferenciados, naturalmente los mismos colegios de esos sectores participarán de esa diferenciación social, aun cuando no haya intención alguna de segregación.

Pero esta segregación puede provenir también del hecho de que las mismas escuelas estén organizadas en este sentido: ya sea *conscientemente*, o porque los padres no quieren que sus hijos traten con los de otras clases, o porque la escuela misma desea prestigiarse exigiendo un alto nivel en los estudios, considerando que la selección y segregación escolar facilita la tarea educativa; ya sea *involuntariamente*, como consecuencia de las elevadas pensiones exigidas para la instrucción, lo que de ordinario imposibilita o por lo menos dificulta el ingreso de los hijos de familias pobres o de medianos recursos. (5).

(5) Este último tipo de segregación se da de hecho en nuestro país, más acentuadamente en los colegios privados y al nivel de la enseñanza media, no sólo porque el costo de los estudios es mayor, sino porque se ven obligados a mantenerse con las cuotas exigidas a sus alumnos. Con frecuencia la crítica recae principalmente sobre los colegios religiosos, a los que se pretende acusar, muchas veces injustamente, de discriminación clasista en la enseñanza. Tal vez algunas décadas

Todos estos tipos de segregación, aumentan lógicamente la distancia social por falta de interacción entre los elementos de las diversas clases sociales; y naturalmente predisponen a los estereotipos y a los prejuicios entre las clases, ya desde la niñez.

### ● CONCLUSIONES

No hemos pretendido, con este breve artículo, agotar el tema tratado. Hemos esbozado solamente algunas ideas fundamentales sobre educación y prejuicios de clases. Hemos visto que la distancia social depende, no exclusivamente pero sí en gran manera, del sistema más o menos democrático de la educación. Refiriéndonos a nuestro país hemos encontrado cierta anomalía entre el *sistema legal vigente*, de tipo democrático, por lo menos para la enseñanza primaria, y la *realidad* que, por diversas razones y en los

diversos niveles, se acerca mucho a un sistema selectivo de educación, con la consiguiente falta de interacción entre los estratos.

Es evidente que si queremos acortar la distancia social entre las clases, si queremos que se facilite el diálogo entre los diversos sectores de la sociedad argentina, si queremos que desaparezcan o por lo menos disminuyan los prejuicios, las tensiones y los conflictos entre los diversos estratos sociales, si deseamos sinceramente la integración de todos los argentinos para lograr la paz y la prosperidad de toda la nación, tendremos que comenzar evitando todo tipo de segregación directa o indirecta en el sistema educativo, que tiene repercusiones profundas y duraderas. Y en esto tienen mucho que hacer no sólo los particulares, sino principalmente el Estado, que debe procurar una política educacional auténticamente democrática y de integración. ♦

atrás, la afirmación de clasismo respondió a una realidad histórica, para determinados entes educacionales privados; situación que ha ido evolucionando rápidamente. Diversas leyes económico-educacionales han permitido elaborar nuevas formas de financiación, que han favorecido una mayor integración de los diversos estratos sociales. Es evidente que si el Estado no proporciona los medios económicos para mantener y mejorar la instrucción impartida en estos establecimientos privados de la enseñanza, ¿cómo podrían subsistir sin el aporte de quienes libremente eligen dichos establecimientos privados —religiosos o no— para la educación de sus hijos. El ideal sería que el mismo Estado, que recibe los impuestos de todos los ciudadanos, redistribuyera por igual la parte correspondiente a educación entre todos los establecimientos que se dedican a la enseñanza, como se hace en Holanda, por ejemplo, país de religión mixta. En este sentido no sería justo culpar a los colegios privados, el que se vean obligados a subsistir exigiendo altas cuotas a sus alumnos; ni tam-

poco a los padres que envían a sus hijos a formarse en los colegios privados, pues en esto no hacen más que ejercer sus propios derechos de elegir dónde prefieren educar a sus hijos. Por el contrario, ¿no resulta injusto el que dichos padres, ejerciendo un derecho inalienable —cual es el de procurar la educación de sus hijos— y habiendo contribuido con sus impuestos para que el Estado provea a esa educación, no en un establecimiento impuesto por el mismo Estado, sino elegido por quien tiene primariamente el derecho de educar a su propio hijo, se vea obligado a pagar nuevamente la instrucción, por el sólo hecho de enviar a su hijo a un colegio privado? Sin embargo, tampoco se debe culpar exclusivamente al Estado. En nuestro país existen leyes nacionales y provinciales que favorecen subvenciones, subsidios o becas a los colegios privados, y son muchos los que en la actualidad se acogen al aporte estatal. En estos casos, no se justificaría el que se mantuvieran y aun aumentaran las ya elevadas pensiones exigidas a los alumnos para su instrucción.